

CUADERNOS DE HISTORIA 55

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS
UNIVERSIDAD DE CHILE - DICIEMBRE 2021: 135-160



DIÁLOGO Y ACONTECIMIENTO. JAIME EYZAGUIRRE Y JULIO CÉSAR JOBET*

*Luis Gueneau de Mussy R.***

RESUMEN: ¿En qué medida se puede considerar que el diálogo intelectual es un acontecimiento histórico? ¿Bajo qué criterios? ¿Debe ser intencional? ¿En qué circunstancias epistemológicas se puede dar este escenario? Para acercarse a estas preguntas, este ensayo avanza en la “comparación historiográfica” como esquema de análisis. Para ello se interpretó la reflexión estrictamente historiográfica de dos historiadores esenciales y representativos de lo que se han conocido como las “escuelas” historiográficas conservadora y marxista; a saber, Jaime Eyzaguirre y Julio César Jobet respectivamente. Así mismo, se problematiza en torno a la pertenencia de estos autores a la también conocida “generación chilena de 1938”. Por último, hemos avanzado en la discusión sobre los conceptos de “canon” y “alfabetización histórica”.

PALABRAS CLAVE: acontecimiento, historiografías comparadas, historiografía chilena, canon, conservadurismo, marxismo, alfabetización histórica.

* Este ensayo es resultado del proyecto Fondecyt Iniciación N°11121669 titulado “Historiografías comparadas. Marxismo y conservadurismo en la escritura de la historia de Chile. 1930-1970” y estuvo dentro del trabajo y las actividades que organiza el Grupo de Teoría y Filosofía de la Historia, Universidad Adolfo Ibáñez. Mis agradecimientos a Miguel Valderrama y Pablo Aravena por sus comentarios y sugerencias.

** Académico de la Facultad de Artes Liberales, Departamento de Historia y Ciencias Sociales, Universidad Adolfo Ibáñez. Ph. D., King’s College London. Santiago, Chile. ORCID ID: 0000-0002-1303-5865. Correo electrónico: luis.demussy@uai.cl

DIALOGUE AND EVENT. JAIME EYZAGUIRRE AND JULIO CESAR JOBET

ABSTRACT: To what extent can intellectual dialogue be considered a historical event? Under what criteria? Must it be intentional? Under what epistemological circumstances can this scenario take place? To approach these questions, this essay advances the “historiographical comparison” as a scheme of analysis. To this end, the strictly historiographical reflections of two essential historians’ representative of what have become known as the conservative and Marxist schools of historiography, namely Jaime Eyzaguirre and Julio César Jobet, respectively, were interpreted. The question of whether these authors belonged to what is also known as the “Chilean generation of 1938” is also discussed. Finally, we have made progress in the discussion of the concepts of “canon” and “historical literacy”.

KEYWORDS: Event, Comparative historiographies, Chilean Historiography, Cannon, Conservadurism, Marxism, Historical literacy.

Recibido: 10 de mayo de 2021

Aceptado: 10 de septiembre de 2021

Introducción

Creo que el principal defecto de nuestra historiografía es el positivismo documental. *Contra eso no hay más remedio que una gran formación filosófica y teórica, basada en los clásicos de la historiografía y en los filósofos de la Historia.*

Mario Góngora¹

En una entrevista, quizás la primera como ilustre Premio Nacional de Historia del año 1976, Mario Góngora fue capaz de hacer –como aparece en el epígrafe de este ensayo– una síntesis analítica de gran profundidad y realismo, todo un dictamen: la historiografía chilena había topado con un techo o límite en su desarrollo y evolución, por lo que debía encontrar alguna manera de legitimarse y así poder darle algo de continuidad al gesto de seguir escribiendo el pasado como historia; fuese este un ayer nacional, institucional, grupal, individual o como se le circunscribiera temporal y

¹ Entrevista a Mario Góngora D., *El Mercurio*, Santiago, 26 de agosto, 1976, p. 20. El énfasis es nuestro.

especialmente. El argumento es tan simple como indiscutible y desafiante. Para superarse, la historiografía chilena debía ser capaz de avanzar desde su mayor defecto: a saber, el exagerado “positivismo documental” y entrar en una fase formativa y reflexiva que fuese estructurada en base a autores “clásicos” de la historiografía y de la filosofía de la historia. Dicha sentencia es nuestro punto de partida. Lo hacemos porque, en gran medida, esa es la problemática a la que nos enfrentaremos: la búsqueda de la esencia efervescente que hace del ejercicio historiográfico comparado y de la formación de historiadores, un permanente diálogo con los clásicos que nos obligan a exigirnos y a estimular la interacción con aquellos nudos de discusión esenciales y riesgosos de las historias que narramos.

Hablar de “acontecimiento” obliga al descarte, a la selección, a que las posibilidades en disputa se eliminen de forma que el remanente logre la legitimidad del valor. Es decir, nos hace tener que optar. Y para que la elección se haga realidad, se deben entender los términos de la comparación y los costos de oportunidad implicados en las elecciones. Ningún relato logra su coherencia, sino hasta que la esencia de aquel tiempo anterior no sea capaz de hacerse latente a través de las evidencias y de las fuerzas retroactivas que lo pretenden. Y es ahí, en la condición humana del historiador, donde se decide la validez de toda operación historiográfica, no en la cientificidad del efecto realidad. Sin empatía, sin la comunión de experiencias, sin la interlocución profunda del pacto de la palabra es muy poco probable que la transferencia de relatos y emociones que hacen los historiadores logre superar el mero recuento del pasado escrito frontalmente como historia. Por de pronto, el intentar un perfilamiento *comparado* de ese sustrato reflexivo esencial, donde los historiadores enfrentan el reverso de la página en blanco, es decir, donde deben decidir la teorización de sus supuestos, la práctica y aplicación de su tramado invisible, la orientación ideológica de sus adjetivos, la voz activa, media o pasiva que se utiliza, es que se levanta y visibiliza el esqueleto –o más bien el corsé– del discurso historiográfico chileno reciente y de una gran parte de la segunda mitad del siglo XX. Hablamos de corsé, ya que al buscar el perfilamiento de ese espacio imaginativo y abstracto –el de las vinculaciones entre escritura, historiografía, teoría y filosofía– más que hablar de lugares de reflexividad o fluidez lúdica o autocomplaciente, se me ocurre que el verdadero contacto con los “clásicos” en la práctica historiográfica implica reconocer el lugar de las contenciones, de las amarras, de los cortes, de los sacrificios estéticos y, sobre todo, de las mutilaciones. Como ya es sabido, de imposiciones forzosas: en las estructuras narrativas, en las hipótesis, en la elección de las fuentes, en la justificación de los métodos, en la ordenación del relato, en la jerarquización de las argumentaciones, en la exégesis, entre otras muchas variables. Y, esto,

a diferencia o desmedro de lo escasas que son las verdaderas proyecciones teórico-interpretativas, certeras o ajustadas, dentro del ejercicio historiográfico. De ahí que nos interese comparar –hoy– a esa selección de libros, ensayos, artefactos o escritos realizados por historiadores chilenos, en cuanto canon o selección de “clásicos” de la historiografía y de la filosofía de la historia en Chile. Ejercicio teórico y metodológico que resulta clave para la renovación del diálogo actual sobre la representación y la praxis –académica y política– como también acerca de las diferentes escrituras de la historia que debaten el pasado chileno al finalizar el primer cuarto del siglo XXI. A su vez, esperamos que este ejercicio sea de gran utilidad para la formación de historiadores y, sobre todo, en la formación de profesores de historia².

Algunos años después, en otra entrevista, Mario Góngora volvió sobre el tema de la importancia de dialogar con los “clásicos” y acerca de la especial relevancia de algunos autores en su obra y para lo que él consideraba debía ser la formación de futuros historiadores. Esta vez, su interlocutor, era el también historiador Simon Collier, inglés, especialista en historia latinoamericana y chilena particularmente. Frente a la pregunta de “¿quiénes serían los maestros chilenos y europeos que Ud. admira?”, la respuesta fue amplia y diversa. Se percibe que el entrevistado quiere distanciarse de lo que se asocia a la escuela chilena positivista y busca abrirse hacia una visión del trabajo del historiador como un ejercicio esencialmente reflexivo. De hecho, una de las cualidades que destaca el entrevistador es el “trasfondo decididamente filosófico” de la obra del historiador chileno. Con respecto de historiadores y filósofos, Góngora menciona a Spengler, García Morente, Vico, Herder, Hegel, Nietzsche, Heidegger, Ranke, Burckhardt, Michelet, Huizinga, Meinecke, Braudel, Altheim y Dilthey.

² “Si aceptamos la opinión de Marc Bloch de que *toda* historia es historia comparada –implícita o explícita– entonces es fácil ver porqué la historiografía comparada es aún más necesaria que la historia comparada: en la historiografía los historiadores están confrontados con juicios comparados en *dos* niveles en vez de uno, como es el caso en la práctica normal histórica. En esta última, los historiadores enfrentan juicios comparados en las dimensiones temporales y espaciales, aun cuando ellas no sean reconocidas como tal [...] Debido a que la historiografía es la historia de la historia escrita –y por lo tanto es la *reconstrucción de reconstrucciones*– encontramos el problema de la comparación en historiografía dos veces. El historiógrafo no solo está confrontado con los juicios relativos a las reconstrucciones históricas mismas, sino también relativas a las reconstrucciones historiográficas de aquellas reconstrucciones históricas. El peso de los argumentos que han sido aportados previamente a favor de la comparación en historia general es doble para la historiografía [...] *Desde que la comparación es la única vía para identificar y explicar tanto las diferencias como las similitudes entre las tradiciones nacionales historiográficas, la aproximación comparada es el lógico (aunque arduo) sendero a seguir en la historiografía*”, Lorenz, 2005, p. 38. El énfasis es nuestro.

En el mismo nivel, aunque vistos como pasatiempo se destaca a Mann, Proust y Rilke. Con respecto de historiadores chilenos menciona a Benjamín Vicuña Mackenna y Alberto Edwards. Ahora bien, lo más llamativo de este diálogo, es el comentario que da Góngora a la pregunta sobre “¿*Cuál ha sido, a su juicio, su mayor satisfacción como historiador?*?”. La respuesta es nuevamente sensible hacia lo reflexivo y estético: “Haber leído a tantos historiadores y filósofos de la historia, tanto por deber como por placer”. Si bien queda claro que cuando Góngora hablaba de una formación de historiadores basada en clásicos de la historiografía y de la filosofía de la historia, lo hacía teniendo en mente autores mayoritariamente extranjeros, esto no quita que podamos recoger el guante y reorientar la intuición y el diagnóstico sobre la escena nacional. Señalamos esto, basándonos en tres supuestos: I) el primero, dice relación con el hecho de que el estudio de cualquier autor u obra considerada como un “clásico” siempre ha sido parte clave de la formación de historiadores profesionales; sin las grandes referencias, no hay posibilidades de avance ni autonomía; otra cosa, es el lugar que hoy ocupa la metahistoria y la conciencia disciplinar dentro de la institución historiadora; II) en segundo lugar, me parece posible plantear que la postmodernidad historiográfica chilena debe ser entendida en términos de una discusión acerca del concepto de canon y de cómo la búsqueda o selección de los clásicos historiográficos chilenos genera una serie de repercusiones prácticas que deben ser evaluadas: ejemplo de ello es el contexto vigente –el de una batalla de la memoria– que obliga a que la legitimidad histórica se visualice en la confrontación de los distintos recuentos disponibles; o, por otra parte, cómo la discusión acerca de la naturaleza de la disciplina debe repercutir en la alfabetización histórica de sus practicantes “profesionales” como de aquellos otros y diversos usuarios del pasado escrito como historia; III) y, en tercer lugar, la comparación –en este caso de voces fuertes de las escuelas conservadora y marxista– permite y reactiva vivamente la comprensión de las posibilidades de la disciplina. Especialmente, en el actual contexto en que las proyecciones de este debate implican discutir simultáneamente cómo la formación teórica y filosófica de los historiadores repercute en la profundidad imaginativa de su trabajo y, por lo tanto, también determina de forma proporcional las posibilidades de quién haga uso de dicho relato, sea un ciudadano de a pie, un político o un historiador.

Cuando los historiadores nos hacemos preguntas del tipo: ¿cuáles pueden ser las cronologías en disputa a la hora de entender las diferentes transformaciones históricas e historiográficas chilenas durante el siglo XX?, ¿bajo qué criterios de validez y legitimidad se evalúan las múltiples historias de Chile que hoy se disputan la fragmentada historicidad? o ¿es posible pensar en un cultivo de la historia académica que sea capaz de terminar su ensimismamiento cientificista

y salir a la calle a conseguir la atención que merece? Lo que estamos señalando, en términos prácticos y cotidianos, es, simplemente, la conceptualización de la experiencia diaria de todo lector o lectora que se enfrenta al estante de cualquier librería o biblioteca dedicada a la historia de Chile, en la que es perfectamente posible encontrar una interpretación marxista de la historia de Chile al lado de una conservadora, otra liberal y, posiblemente, alguna visión postmoderna. Hoy en día, lo que se necesita es la capacidad de alfabetizarse histórica e historiográficamente; es decir, la habilidad de entender como el uso y manejo del pasado, determina radicalmente nuestro espectro de experiencias posibles. Y para ello, el debate en torno a lo que puede ser un clásico resulta de grandísima utilidad. Ya no cabe duda que el escenario reflexivo de diálogo con los clásicos que intuyó Góngora, y que, posteriormente, se materializó desde los encuentros de historiadores de los años 80 con las grandes y esenciales aportaciones de la nueva historia social, con la publicación de grandes y diversas obras durante los últimos treinta años, con el perfeccionamiento de la academia, es que se pudo enfrentar la brutalidad del quiebre histórico-epistemológico que sucedió al golpe de Estado y a la transformación radical del país. El “nuevo piso histórico” de los 80 sigue abriendo el debate, donde la batalla de las variadas memorias y las distintas historicidades aún se disputan la legitimidad de sus relatos históricos. En este particular espacio de debate, ¿podríamos suponer que existió –o aconteció– un diálogo entre lo que se ha conocido como las “escuelas” historiográficas en Chile? (a saber, la marxista y la conservadora). ¿En qué medida se puede considerar que una conversación intelectual es un acontecimiento histórico? ¿Bajo qué criterios se puede hablar de un acontecimiento en términos de un diálogo? ¿Debe ser intencional? ¿En qué circunstancias epistemológicas se puede dar este escenario?, ¿se puede pensar en un diálogo productivo, no obstante, sin contacto y a la vez distante? Y a nivel estrictamente disciplinar: ¿cuándo, en qué profundidad y cómo se han historiado las “escuelas” que configuran las tradiciones disciplinares más fuertes? ¿Sabemos realmente cómo fue la configuración de los estudios históricos chilenos más allá de los tradicionales lugares comunes? ¿Está clara y decidida –aceptada– la selección de textos que explican la historiografía chilena del siglo XX? ¿Podemos adherir a la continuación del diálogo como sugiriera Patricio Marchant en su discurso de despedida a Mario Góngora? Nos hacemos todas estas preguntas para ejemplificar cuan amplias son las posibles entradas a la discusión sobre lo “acontecido” en la historia de la escritura de la historia chilena del siglo XX y en la situación contemporánea.

¿Voces, generaciones o escuelas?

Una escuela histórica –el término escuela tiene aquí un sentido abstracto– reúne a los investigadores, quienes generalmente apoyados en instituciones (universidades, centros de investigación, revistas, etc.) intentan desarrollar una visión de conjunto de su disciplina y una grilla de análisis propia a sus dominios de investigación. La escuela de los *Annales* es un ejemplo. Las fronteras de una escuela histórica no son siempre claras y las pertenencias a menudo difusas³.

La historiografía chilena ha señalado habitualmente que las escuelas historiográficas conservadora y marxista fueron esenciales en la modernización de la disciplina durante el siglo XX. Que mejoraron la metodología y la justificación de sus temas y sujetos de estudio. Se destaca que cada una de ellas configuró espacios e instituciones, que incluso se apoyaron en partidos políticos para hacer más fuerte su expansión de ideas y visiones de lo que había sido el pasado del país y, sobre todo, de lo que podía y debía ser el futuro chileno. Historia, historiografía y comunidad funcionaban en sintonía y en contraposición a un presente que debía ser transformado de forma urgente e inmediata. En esa línea, si bien hay claros registros de como la “institución historiadora” chilena se fue configurando durante el siglo pasado –principalmente entre 1925 y 1973– difícil resulta ver que cada una de estas así llamadas “escuelas” hayan tenido evidentes visiones de conjunto o grillas de análisis propios y programáticos. Si bien se compartieron visiones ideológicas del mundo, temas de estudio, hipótesis de trabajo, personajes y referencias, muy poco hay de una coordinación o intento por funcionar de forma colectiva y programática. Tampoco existen –hasta la fecha– evidencias que nos hablen de un trabajo mancomunado o con visiones de grupo; ya sea este ideológico, social, económico o partidista. En el fondo, lo que estamos diciendo, es que el supuesto habitual de que en Chile, durante el siglo XX, existieron “escuelas historiográficas” debe ser corregido o ajustado. Mucho mejor me parece la posición donde los límites difusos entre posturas teóricas, ideológicas o prácticas hacen tambalear el recuento oficial de como se ha escrito la historia y acerca de sus vínculos académicos. Revisar la configuración de las obras o supuestos biográficos, con el ánimo de ajustar la profundidad y autonomía de la praxis de estos intelectuales –intentar visualizar qué fue lo que “aconteció” entre ellos– ayuda a ubicar coordenadas claves para la comparación. Hay confluencias del contexto que se traducen en ansias temáticas y, sobre todo, percibimos un claro y decidido ánimo revisionista que

³ Offenstadt, 2014, pp. 54-55.

sobrepasa cualquiera que sea la ideología. Ya sea esta conservadora o marxista, lo definitivo es la necesidad de cambio y ajuste del presente.

De hecho, si consideramos los años de nacimiento de Jaime Eyzaguirre H. (1908), Eugenio Pereira S. (1908), Fernando Campos H. (1910), Julio César Jobet B. (1912), Mario Góngora D. (1915), Walter Hannish E. (1916), Hernán Ramírez N. (1917) y Ricardo Krebs W. (1918), muy bien podríamos estar frente a una suerte de generación de historiadores. Si seguimos la categorización utilizada por Cedomil Goic en su libro *Los mitos degradados*, es muy factible pensar que todos estos autores, al haber nacido a menos de siete años de un gran acontecimiento, bien podrían ser caracterizados como la generación de la Primera Guerra Mundial y del comienzo del fin de la modernidad.

O, quizás, más útil resulta pensar que estos historiadores son parte de lo que se ha conocido habitualmente como la generación –fundamentalmente literaria– de 1938. Conjunto diverso y apasionado que vivió su primera adultez y marcó a fuego el carácter de su vida posterior. Como historiadores que nacieron con el siglo XX y que, por lo tanto, pudieron convertirse en testigos privilegiados de su devenir. Es muy interesante notar que todos estos jóvenes sintieron la necesidad y la obligación de hacer algo por el entorno que los abrazó, de asumir la conciencia sobre la fractura histórica que los abrazaba; ellos sabían que era el comienzo del fin de una época y que había que actuar además de pensar y escribir el pasado como historia. En otras palabras, se evidencia un revisionismo generalizado como denominador común. Lo que se ha llamado la modernización historiográfica marxista, comparte con el hispanismo conservador la necesidad de discutir sobre las transformaciones internas del país y de las vicisitudes mundiales. Más que hablar de escuelas, en el mejor de los casos, se podría, quizás, hablar de un conjunto de diversas y bastante limitadas tendencias históricas que, además, presentan diferenciaciones particulares entre sus integrantes. De hecho, existe un registro que evidencia que estos dos autores sí fueron percibidos como equivalentes; no en términos absolutos, pero sí en virtud de sus publicaciones y de lo que estas discutían. Más que ser marxistas, conservadores o hispanistas, estos especialistas de la historia fueron revisionistas de lo que se les dijo que ocurrió; ellos quisieron rehacer el mundo a partir de la decadencia de los paradigmas que percibían. Ni el positivismo documental ni el hispanismo ni tampoco el marxismo eran suficientes. Como tampoco el liberalismo, el parlamentarismo o la cuestión social eran temas que se habían superado. El estructuralismo, el contacto con la Escuela de los *Annales*, la radicalización de las ideologías, la crisis y comienzo del fin de la modernidad como proyecto emancipador y libertario fueron el contexto histórico y profesional de estos historiadores de la generación del 30, según Feliú Cruz, o del 38, según el criterio más habitual y nuestro.

Una segunda forma de acercarnos a esta discusión es usar el testimonio preciso y descriptivo de algunos de los integrantes de dicha escena: Mario Góngora, Volodia Teitelboim, Gonzalo Rojas y el mismo Jobet. Si bien para el primer autor no corresponde usar la palabra “generación” al hablar de sus contemporáneos, la percepción de este historiador es clara e intensa sobre los años que le tocó vivir como joven consciente de una época esencialmente revisionista. Tanto Góngora, Jobet, Eyzaguirre y Hernán Ramírez Necochea fueron individuos que se formaron en un espacio convulsionado y efervescente. Un Santiago, un Chile y un mundo que atravesaba uno de sus períodos más oscuros e inciertos del siglo XX, pero también uno de los momentos más lúcidos y desinteresadamente comprometidos.

Creo que el periodo decisivo de mi vida intelectual fue realmente el lapso entre 1931 y 1945 –el final de la adolescencia– los años de juventud para aquellos que nacimos entre 1914 y 1919. Ahora bien, en Chile esos años en particular coincidieron con la caída de la presidencia dictatorial y modernizadora de Carlos Ibáñez y con las luchas ideológicas y militares en todo el mundo que terminaron en 1945. No me gustaría calificar a la gente de mi edad como una “generación” (principalmente por razones de orden teórico acerca de lo que constituye una generación); pero aun así estamos hablando aquí realmente de la aparición en escena de varios grupos característicos de jóvenes, y éstos eran, en verdad, grupos con la importancia política y espiritual en esa época y en los años siguientes. Lo que hicieron estos grupos, (o en todo caso, pretendían estar haciendo) fue romper definitivamente con la mentalidad del Chile del siglo XIX. A su manera, continuaron con la autocrítica de Chile, comenzada alrededor de 1900 por tantas figuras del mundo del pensamiento y del arte [...] Estos jóvenes –y yo mismo me incluyo entre ellos– pudieron establecer contactos seguros y directos con corrientes del pensamiento europeo de principios del siglo XX⁴.

Por su parte, Jobet hizo un preciso recuento de lo que para él significó el contexto de la década de los treinta. En “La Generación de 1938 y las grandes concepciones filosóficas y sociales de su época” desarrolló un análisis que muy bien se podría usar no solo para el marxismo, sino para casi todas las tendencias que se han englobado como parte de dicha categorización: la ortodoxia tiene un gran peligro, se transforma en un “círculo asfixiante de dogmas”. Advertencia que podría ir también para los “nacional socialistas” de González Von Mareés, para muchos “vanguardistas”, para los “creacionistas”, para los surrealistas de “Mandrágora”, para los “poetas de la claridad”, para los “runrunistas”, en algún grado para los “teatros experimentales”, para las juventudes conservadoras,

⁴ Mario Góngora, en Arancibia, 1995, pp. 27, 31 y 77.

como, por supuesto, para los jóvenes historiadores marxistas⁵. De hecho, Belarmino Elgueta menciona que en base a esta misma visión crítica de Jobet sobre las verdaderas posibilidades y peligros de la época, y, sobre todo, acerca del cuál debía ser el ideal emancipador y revolucionario del momento, es que se generó una ruptura entre las posiciones del Partido Socialista y el Partido Comunista chileno.

El marxismo en Chile, en la década de los treinta, fue para muchos como una justificación de su rebelión contra un orden económico y social injusto y una explicación racional de su inconformismo y de su anhelo de libertad mental. Además, un cauce de su actitud iconoclasta, derivándola hacia la revolución. Resultaba una doctrina profunda que daba solución a los innumerables problemas del hombre social y, al mismo tiempo, fácil de reducirse a esquemas sencillos, a fórmulas tajantes que impulsaban a la acción en vez de encerrarlo en la tranquilidad del gabinete o de aislarlo en la academia estéril de la discusión. Esta cualidad entrañaba un peligro: el de estratificar la teoría en consignas rígidas y aprisionar a sus adeptos en el círculo asfixiante de los dogmas. Y así ocurrió con varios seguidores del marxismo. Esto no emancipó sus espíritus ni les dio libertad mental; únicamente los aprovisionó de slogans y los transformó en sectarios con un lenguaje agresivo y pedante⁶.

En cuanto al caso de Volodia Teitelboim, la pertinencia de su mención se debe a que en su artículo publicado en la revista *Atenea*, “La Generación del 38 en busca de la realidad chilena”, desarrolla una descripción de lo que él llama “la Generación del 38” y de cómo sus integrantes se percibieron, se experimentaron como habitando una “nueva era”, donde las ideas de izquierda y la poesía fueron consideradas como parte esencial de la construcción de un nuevo Chile y de los nuevos sujetos sociales que se querían legitimar. Teitelboim habla incluso de cómo una época en particular fue capaz de generar una juventud que le hiciera justicia a las exigencias extremas de los tiempos, una juventud que tenía el “germen de todas las rebeldías”.

Sería tal vez más significativo y ubicador denominar a la nuestra generación de 1938 o del 38 a secas. La mayoría de los componentes frisaba entonces los veinte años y se precipitó a la vida civil y literaria, bajo el torbellino sonoro del Frente Popular. Su victoria fue el hecho distintivo de la época [...] “comenzaba una nueva era” [...] pusimos algo de nuestra alma en la lucha y nos sentimos parte del pueblo. Nos impulsaba un ansia apasionada y vaga de cambiar la vida nacional, de dar al obrero y al campesino y también al escritor y artista un sitio

⁵ Muñoz y Oelker, 1993.

⁶ Jobet, 1968.

de dignidad bajo el sol, de crear una nueva atmósfera donde la poesía ocupara una *silla dorada* en el proscenio. Queríamos imponer escalas de valores en que la inteligencia, el espíritu de sacrificio por la belleza, el pueblo y el país desplazaran el gobierno podrido de los opulentos, espiritualmente exhausto, inculto, mediocre y vacío [...] No se trata de un hecho individual, sino de un ánimo colectivo, el caso repetido de cómo una época produjo también la juventud que necesitaba en el campo del espíritu, juventud que contenía en sí [...] el germen de todas las rebeldías, pero también de todas las discordias, que el tiempo se encargaría de definir como corrientes opuestas⁷.

Ahora bien, si nos guiamos por la descripción que hace Guillermo Feliú Cruz de sus alumnos en el Instituto Pedagógico, queda claro que Jobet fue uno de los que más impresionó al maestro. Presentado como discípulo suyo, lo ve como compañero generacional de Mario Góngora y Hernán Ramírez, no así de Jaime Eyzaguirre. Marcados por una conciencia sobre el cambio histórico y el comienzo del fin de la modernidad, estas tres voces quedan unidas como testimonios fuertes de una escena “generacional” muy particular.

En mi opinión la obra de Jobet tiene, además del valor histórico y sociológico que reconozco sin trepidación alguna, otro muy interesante para el estudio de las ideas de su generación [...] Estoy en condiciones de agregar a la historia de esa generación, que es la juventud de 1930, algunos datos que pueden ser útiles más tarde. Jobet fue mi discípulo muy querido y muy brillante en el Departamento de Historia del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Desde 1925 he visto formarse en esas aulas a hombres de verdadero mérito en los estudios históricos, cuyas publicaciones el acervo historiográfico ha recogido con aplauso. Julio Alemparte Robles, Mariano Picón Salas, Julio Heise González, Eugenio Pereira Salas, Julio Vega, Mario Góngora, Olga López, Leonardo Fuentealba, Hernán Ramírez Necochea, Néstor Meza, Olga Poblete, Alejandro Soto Cárdenas fueron mis alumnos, y cada uno de ellos, en el magisterio y en el cultivo de la historia, se han ganado un nombre [...] Julio César Jobet perteneció a la generación de 1930. Un fuerte sentido de responsabilidad social, que se empapaba en el ferviente deseo de provocar un cambio de régimen en Chile, agitaba las conciencias de esa juventud. Apareció en la acción pública en contra de la dictadura de un vulgar soldado, encaramado en el poder, llamado Carlos Ibáñez, cuyo gobierno

⁷ Es importante precisar que el mismo Teitelboim aclaró el uso y las implicancias conceptuales del término: “Empleo, por lo tanto, la palabra ‘generación’ [...] con todas sus reservas y resguardos, como un término aproximativo y convencional”, Teitelboim, 1958, pp. 106-107. Otra pista que nos sugiere incluir a estos historiadores en esta camada intelectual dice relación a la dedicatoria que hace Hernán Ramírez Necochea en su libro *Historia del Imperialismo en Chile* (1969), al incluir a su “compañero” Volodia Teitelboim, quien fuera figura central de la generación literaria del 1938 al publicar con Eduardo Anguita la *Antología de poesía chilena nueva* (1935).

merecía ya entonces, por sus actos de tiranía, un sentimiento de repudio [...] Los grupos más esforzados y dinámicos de la juventud de 1930 fueron formados por los estudiantes universitarios. En ellos se alistó Jobet. Esos jóvenes debieron improvisarse para la lucha con rapidez en círculos que conspiraban y que, al mismo tiempo nutrían sus inteligencias con las ideas marxistas que entonces se esparcían por todo el mundo, como consecuencia del triunfo de la Revolución Rusa. Según ellos, el sistema democrático-capitalista había hecho crisis o atravesaba por una honda disgregación; era visible el advenimiento de la era de los obreros, cuyo vigoroso movimiento se observaba en los grandes países democráticos⁸.

En tercer lugar, resulta muy interesante hacer la comparación entre algunas de estas voces historiadoras debido a que, como lo planteó en su momento el conocido escritor y crítico literario Ricardo A. Latcham, tanto Eyzaguirre como Jobet fueron dos historiadores que, en paralelo, sacudieron el ambiente intelectual y abrieron espacios de discusión esenciales para el acontecer reflexivo del país. De hecho, ambos dedicaron trabajos y evidencian atención por la producción del otro. Entrambos se leyeron mutuamente, dando una visión del campo de la institución historiadora y de cómo se fue afianzando sus formas de influencia y ampliando sus redes de acción sobre la ciudadanía, ya fuera a través de la educación sindical o a través del púlpito y la prédica. En esta línea, la comparación también podría realizarse a partir de obras específicas de cada uno de los autores referidos, Latcham incluso habla de una “réplica indirecta” de Jobet a Eyzaguirre. Destaca, también, como este autor reconoce el criterio amplio y tolerante de Jobet por sobre el sectarismo y la mediocridad teórica de muchos intelectuales de la época.

En el *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, tenemos una especie de réplica indirecta, aunque el autor no se lo haya propuesto, de la *Fisonomía histórica de Chile*, de Jaime Eyzaguirre, escritor católico, hispanista y defensor de la tradición. Con lo anterior se sobreentiende que Julio César Jobet es socialista, izquierdista, y ve en los fenómenos sociales desde un ángulo popular y teñido de un marxismo que examina la política en función de la economía. Pero también podríamos considerarlo un marxista no desprovisto de una visión amplia y segura que se aparta del sectarismo de muchos observadores de la realidad criolla [...] Lo demás es historia viva y por eso deja de merecer una enérgica condenación en la pluma valiente, animosa y documentada de uno de los escasos escritores socialistas que se ha remontado por la mediocridad teórica de sus voceros. La pasión vital de este libro está muy por encima de sus

⁸ Guillermo Feliú Cruz en Jobet, 1951, pp. IV-V.

defectos, y revela que su autor es de las más finas inteligencias izquierdistas que se asoman en el panorama intelectual de Chile⁹.

Al igual que muchos artistas y escritores de la generación del 38, estos historiadores necesitaron un paradigma de referencia que les diera alguna firmeza y así poder romper con lo que quedaba del siglo XIX; de ahí que miraran a Europa como horizonte de expectativas y con esa determinación construyeran sus variados grupos de acción¹⁰. Más que conglomerados de acción coordinada tipo “escuela”, nos parece que podríamos señalar que existieron voces historiográficas de orientación marxista y conservadora, no obstante, no como se las ha presentado en las historias de la escritura de la historia chilena del siglo XX¹¹. Con respecto del debate sobre cómo eran las relaciones de objetividad y ciencia en términos históricos, solo Jobet desarrolló una postura explícita y clara. En cuanto a Eyzaguirre, la situación es totalmente opuesta. La historia es fervor y repetición, para nada reflexión y voluntad ciudadana. Eyzaguirre fue más bien el historiador profeta de la escena, y Jobet el historiador militante y fino ensayista. En síntesis, podemos justificar la comparación de la *obra historiográfica* de Jobet y Eyzaguirre, en virtud de que: I) comparten diagnósticos y puntos de partida, incluso se reconocen como pares; II) ambos desarrollan un revisionismo decidido frente a la crisis de época; III) los dos

⁹ Latcham, 1952, ver también Poblete, 1978.

¹⁰ Interesante rescatar el testimonio de otro personaje de esta generación, el poeta Gonzalo Rojas, ya que es de los pocos que ubica a Eyzaguirre entre los eventuales integrantes de la generación, “[...] una joven literatura chilena que en ese momento estaba ardiendo. Por ejemplo, estaba el grupo ‘Los Inútiles’, de Rancagua, que dirigía Oscar Castro; estaba Jaime Eyzaguirre [...] con su revista *Estudios*; estaba Eduardo Anguita, con su ángel propio y un grupo que era él mismo: ‘David’. Hay que pensar también en Miguel Serrano que, si no tenía grupo, era algo parecido, un germen, quizás... [...] En medio de todo esto, la Guerra Civil Española y el Frente Popular [...] Precioso el Chile de los años 36, 37 y 38, una especie de caldo de cultivo, de pululación bacteriana [...]”, Piña, 1990, pp. 100-101.

¹¹ Al respecto, el trabajo de Gorka Villar es muy útil y esclarecedor sobre las sutilezas y especificidades historiográficas entre Jobet y Ramírez Necochea, “Los miembros de la historiografía marxista “clásica” no sostenían una interpretación homogénea sobre la historia de Chile republicano. A través del análisis del compromiso militante en la producción historiográfica de Hernán Ramírez Necochea y Julio César Jobet pudimos establecer algunas diferencias en sus interpretaciones históricas [...] En el capítulo anterior demostramos que el compromiso militante de Ramírez Necochea y Jobet intentó legitimar los proyectos políticos de sus respectivos partidos a través de sus interpretaciones históricas. Este compromiso no solo generó, entre ellos, diferencias de interpretación historiográfica, sino también similitudes en el análisis de determinados procesos y figuras históricas”, Villar, 2021, pp. 151-155.

se comprometen con una búsqueda de justicia social por sobre la democracia participativa¹².

Dialogar el acontecimiento

Después de un estudio constante y atento de nuestra evolución histórica y por una observación directa de la vida diaria, con un criterio materialista y científico, hemos podido constatar de manera irrefutable el profundo divorcio existente entre lo escrito y lo proclamado en innumerables libros de Historia, que exaltan la grandeza y superioridad de nuestro país, y la verdadera realidad económica-social trágica y dolorosa, de atraso y miseria, en que se debate. Del mismo modelo hemos comprobado la contradicción violenta entre las conquistas sociales las garantías de todo orden establecidas en centenares de leyes de prolijas disposiciones y bien intencionados fines, la increíble pobreza e inocua explotación que predominan en el ambiente, sin el menor asomo de ser remediadas por la aplicación real de esas leyes¹³.

El epígrafe que seleccionamos para abrir el análisis de la visión historiográfica de Julio César Jobet, se justifica en la medida que nos ilustra dos ejes dentro de la obra de este historiador que son muy importantes de considerar: en primer lugar, el divorcio profundo entre lo pasado y lo proclamado o escrito en innumerables libros de historia; y, en segundo lugar, la contradicción violenta entre las conquistas sociales y las garantías de todo orden establecidas en centenares de leyes. En esa línea, y para el caso de este pequeño ejercicio comparativo, consideraremos cuatro libros de Jobet y una serie de ensayos publicados en varias revistas, especialmente en *Occidente*, *Arauco* y en la *Revista de Ciencias Sociales*¹⁴. Temáticamente, este corpus evidencia un interés por entender la naturaleza del trabajo del historiador, así como también sobre cómo se genera el vínculo entre el suceder de los acontecimientos y los procesos sociales. Además, este epígrafe algo trasluce del interés o curiosidad por el análisis historiográfico de historiadores pertenecientes a la escuela conservadora y marxista de Chile. De hecho, Jobet analiza la labor historiográfica de Jaime Eyzaguirre, José Victorino Lastarria, Claudio Gay, Francisco Antonio Encina,

¹² Tal y como estableciera el integrante del grupo surrealista “Mandrágora”, Braulio Arenas, “Alucinante 1938, yo te veo presente en mi juventud, y en la de todos mis amigos. Todos ellos entrevieron una alta razón de la razón, para exigir con ella cuentos de una realidad amenazante. Ir en rescate de esta realidad [...] fue el propósito inicial de nuestra empresa”.

¹³ Jobet, 1949.

¹⁴ Las obras de Julio César Jobet que fueron consideradas están en la bibliografía.

Guillermo Feliú Cruz, Eugenio Pereira Salas y Mario Góngora. Otro registro muy interesante de considerar, esta vez del propio Jobet, es el texto titulado “Despedida melancólica”. Dividido en partes, este escrito es desconcertante. En primer lugar, por el detalle y la honestidad con la cual se describen vivencias muy personales; desde enfermedades hasta miedos, también sueños y esperanzas. En segundo lugar, queda claro que Jobet estaba muy inseguro con la valoración de su propia obra; así mismo son interesantes las definiciones que hace de su rol como historiador. Más que un historiador, se considera un ensayista. Impresiona también la extensa discusión de la figura de Francisco Antonio Encina. Casi a modo de un fantasma presente, Jobet no deja de discutir con este historiador conservador¹⁵:

Yo no soy propiamente un historiador, como lo he declarado y sostenido; únicamente soy un ensayista, con una interpretación revisionista de la evolución republicana de Chile, y una decidida intención de ligar el movimiento democrático izquierdista de mi país a fuentes ideológicas nacionales, reivindicando para ello a todos los grandes valores intelectuales del país, e investigando cuidadosamente la evolución de las ideas, del pensamiento, en Chile¹⁶.

Respecto de las referencias trabajadas, se destaca y es evidente un intento permanente y sostenido por reflexionar sobre el devenir humano a nivel local e internacional, en conjunto con un gran interés por el cómo la disciplina histórica daba cuenta de ese acontecer pasado. Hay temas generales, latinoamericanos y europeos; también, chilenos, sobre todo, historia social y económica del siglo XIX; además de los directamente historiográficos, en particular, sobre la obra de algunos historiadores conservadores, especialmente, Francisco Antonio Encina y Jaime Eyzaguirre. Por ejemplo, en el artículo de la revista *Arauco* N° 7, “Jaime Eyzaguirre, Cronista Familiar”, editado en Santiago en 1960, Jobet estudia y razona las obras del historiador hispanista conservador indicando que Eyzaguirre es un laborioso, preocupado, serio, devoto y eficaz historiador para dar continuidad y sistematización a las concesiones y concepciones de la religión católica. Añade además que:

El historiador católico Jaime Eyzaguirre prosigue con tesón y laboriosidad ejemplares sus enseñanzas y sus investigaciones preconcebidas en un sentido regresivo. De acuerdo con la idea ideológica de los profesores e historiadores ultramontanos, se encuentra empeñado en una vasta tarea de divulgación reivindicativa de doctrinas e instituciones enemigas de la democracia pero

¹⁵ Ver Villar, 2021, *op. cit.*, pp. 161-163.

¹⁶ Jobet, 1975, p. 61.

presentadas como libertarias y progresistas, a través de una erudición formalista y con interpretaciones antojadizas, tratando de deformar el criterio de la juventud y de revisionismo histórico que no tiende al esclarecimiento de la historia sino a afirmar sus juicios unilaterales y sibilinos¹⁷.

De esta manera sostiene Jobet que Eyzaguirre es un escritor fundamentalmente militante y proselitista, el cual buscó el reconocimiento y la glorificación por parte de la clase aristocrática chilena. Considera que sus obras relacionadas y relativas a los tratados exteriores de Chile con los países limítrofes son valiosas, aunque la erudición y la seriedad se concentran en culpar al intelectual positivista Diego Barros Arana por la pérdida de la Patagonia. Asimismo, para Jobet, en los trabajos de Eyzaguirre –como en todos los trabajos de los historiadores conservadores– está ausente el análisis de los problemas sociales de la época, sobre todo el de la clase obrera. Realizará un contraargumento, expresando que en dicha época ya existía una notable actividad de las clases obreras. Lo más interesante es el análisis paralelo que realiza con las obras de Francisco Antonio Encina, el cual es considerado un historiador que ha impuesto muchos de sus términos predilectos, tales como el de “instinto” y el de “imperativo de sangre”. Para Julio Cesar Jobet, esta comparación con Encina no es descabellada:

si tomamos en cuenta el espíritu de la obra de Eyzaguirre: apologético hacia Errázuriz Echaurren y de diatriba hacia Barros Arana. Es el método favorecido del anciano historiador: exaltar a los límites del genio o semi-genio a los santos de su devoción, siempre conservadores; denigrar en una ola de dicterios (desconformados cerebrales, inertes mentales, agraviados, turbulentos, miopes cerebrales, desheredados de la sensibilidad, turbulentos, tarados mentales, etc.), a quienes le son antipáticos, siempre liberales o demócratas¹⁸.

Añade, además, en “Notas sobre los estudios históricos en Chile”, que el historiador nacionalista Francisco Antonio Encina es una persona con una indigencia mental y pobreza de vida interior, un:

atrasado racista, intuicionista, mitómano, de una egolatría descomunal, hasta reconocerse poderes mágicos, todo lo cual aplica a la acomodación de nuestro pasado histórico a sus pretendidas concepciones genéticas, a sus predicciones arbitrarias y a sus aventuradas teorías. Los historiadores, como los personajes históricos que no le son simpáticos, caen apabullados, unos y otros, bajo sus dicterios de ‘desconformados cerebrales, históricos, turbulentos, tarados

¹⁷ Jobet, 1961, p. 33.

¹⁸ Jobet, 1960, p. 46.

mentales, violentos, agraviados, miopes e inertes mentales, ideólogos, soñadores y desheredados de la sensibilidad cerebral¹⁹.

En definitiva, para Julio Cesar Jobet, la historiografía chilena clásica, de orientación conservadora o liberal, se caracteriza por el análisis y la exaltación de la clase dominante, terrateniente, minera, bancaria y comercial. Ahora bien, cuando el autor analiza las producciones historiográficas de la escuela marxista, se aprecia un análisis favorable y enaltecedor a dichas producciones. Por ejemplo, considera al historiador Néstor Meza como un crítico, el cual refleja una sensibilidad frente a la historiografía clásica. También, y a pesar de las diferencias y polémicas, cree que Hernán Ramírez Necochea es un historiador marxista-comunista exhaustivo, evaluativo y original²⁰. Otros de los personajes que entran en este listado analítico son Jorge Barría Serón y Marcelo Segall. Para el autor, el primero exhibe una monografía que constituye una amplia unidad, que supone un cuadro completo de nuestra evolución a lo largo de un cuarto de siglo, *Los movimientos sociales de principios del siglo XX. 1900-1910 y Los movimientos sociales de Chile desde 1910 hasta 1926. Aspecto político-social*; en cambio, el segundo historiador es reconocido como un investigador marxista especializado en el enfoque de los problemas sociales e ideológicos. Finalmente, el autor se refiere a Néstor Porcell y Luis Vitale. Ambos son considerados unos ensayistas enriquecedores e interesantes. Porcell ha “establecido su aporte básico al conjunto del pensamiento marxista, objetivo de su ensayo, pues en él no se toca la culminación del proceso de formulación del materialismo dialéctico e histórico en las obras de madurez, a partir de *El Manifiesto Comunista* hasta *El capital*”²¹. Además, si consideramos la propuesta que realiza en la introducción Jobet, claramente es el autor de la generación que más se interesa por la naturaleza misma del oficio que practica. En resumen, al describir las líneas de trabajo más significativas de Jobet, queda en evidencia la forma de entender, hacer y de escribir la historia. Tradición que, además de significar una gran exigencia en cuanto al ejercicio en sí mismo de escribir el pasado como historia, fue continuado después por Gabriel Salazar, Luis Moulián, Julio Pinto, María Angélica Illanes, Sergio Grez y otros exponentes de lo que, desde 1980, se conoce como la nueva historia social. Cada uno en su variante y con sus propios énfasis temáticos como metodológicos.

¹⁹ Jobet, 1978, p. 102.

²⁰ *Ibid.*, pp. 121-127 y 128.

²¹ Jobet, 1964, pp. 24-25.

En otra vereda de la generación del 38, para Jaime Eyzaguirre, la historia y la educación sobre el pasado eran elementos de acción cotidiana, algo del día a día; el rescate del ayer lo consideraba como una herramienta esencial para forjar míticamente una visión del futuro a través del uso de un pasado hispano y combatiente. Todo esto en un tiempo presente, en un tiempo de acción inminente y beligerante. Sin embargo, es poco lo que este autor dejó en cuanto interés explícito por reflexionar o entender la naturaleza del oficio que ejercía. Para el caso del segundo historiador analizado en este artículo, comenzamos por preguntarnos ¿dónde está el pensamiento de Eyzaguirre sobre cómo se debe entender el oficio del historiador?, ¿qué fuentes citan sus críticos o partidarios a la hora de discutir las posiciones historiográficas de este autor?, ¿existen obras de Eyzaguirre que discutan la teoría o filosofía de la historia?

En los escritos de Jaime Eyzaguirre, se condicen principalmente dos líneas bien demarcadas: en primer lugar, su visión teológica de la historia y, en segundo lugar, el revisionismo histórico, fundamentalmente en contra de lo que se asume como la decadencia liberal y de la manipulación de la izquierda.

Profundamente católico, Eyzaguirre vio la historia del hombre en términos de un misterioso tejido providencial y la libertad humana que apuntaba a una meta trascendente. El quehacer de los pueblos no es ciego ni carente de sentido: aun lo más nimio, también el mal y la catástrofe contribuyen al avance histórico entendido no como progresismo indefinido sino como cumplimiento de un ineludible plan divino²².

En este sentido, el carácter providencialista y la visión de progreso que imprime el catolicismo en el desarrollo histórico son uno de los principales rasgos rescatados por los escritores que se refieren a Eyzaguirre. Este carácter fue preconcebido a partir de su participación en las juventudes católicas, identificándose e ilusionándose con la doctrina social de la Iglesia e, incluso, con el milenarismo. Por otro lado, respecto al revisionismo histórico que surge en él, responde al sentido de decadencia y necesidad de transformar el mundo, de ir “modificando sustancialmente la visión de Chile que habían entregado los historiadores liberales del siglo pasado”. Así también, Eyzaguirre ha sido equiparado en metodología historiográfica junto con Encina y Edwards en la idea de rehacer la historia. “Para ellos, el hecho significativo no fue ya el acontecimiento o el dato curioso, aunque muchas veces incursionaron en la erudición y en los detalles. Sus rectificaciones tocaron más bien a la interpretación que los historiadores habían dado hasta entonces al conjunto de los sucesos

²² Hugo Montes (documento mecanografiado. Sin referencias o numeración de páginas).

de la Historia de Chile”²³. A este punto es necesario cuestionar la catalogación de científicista que recibió²⁴. Supuestamente caracterizada por una rigurosa periodificación²⁵ y de gran rigor científico²⁶, esta demarcación se contradice con lo expuesto por Julio César Jobet, quien plantea:

Su actitud de revisionismo histórico, apoyada en una paciente erudición formalista, no tendió al esclarecimiento científico de la historia, sino a la divulgación de interpretaciones antojadizas, de juicios unilaterales y a la exaltación de doctrinas e instituciones retrógradas, con un inagotable tesón sectario²⁷.

La revista *Ercilla*, en una entrevista realizada en 1958 a Eyzaguirre, obtiene de sus palabras que el verdadero historiador debe “poseer la *imaginación suficiente para poder evocar la vida del pasado y voluntad aún mayor para reprimir el vuelo de esa imaginación* frente al documento que ciñe la verdad y la determina”²⁸. Contradictorio análisis de la importancia de la imaginación, hay que tenerla, pero por sobre todo habría que tener la voluntad para reprimirla y ceñirla al documento. Mi opinión: demasiada culpa y mucha necesidad de apostolado. A esto hay que cuestionar el carácter interdisciplinario pregonado, a lo cual José Ignacio Silva señala que se debe entender “la ciencia histórica como un complejo entramado que requiere de la utilización correcta de numerosas disciplinas y de múltiples puntos de vista”²⁹. Asunto que en la práctica es bastante difícil de evidenciar.

Por otro lado, si consideramos los libros *Hispanoamérica del dolor* (1979), *Fisonomía histórica de Chile* (1948) y los artículos “Inmersión en el Materialismo Histórico” (1938) e “Historia e imaginación en don Francisco A. Encina” (1965), es posible dar cuenta de varios elementos importantes y bastante más exactos sobre el pensamiento histórico de este historiador: I) la poética religioso-católica con la cual Eyzaguirre trama sus relatos y la selección de sus argumentaciones, II) la importancia entregada a la pasión y el fervor

²³ De Ramón, 1976, p. 42.

²⁴ Gazmuri, *et al.*, 1980, p. 67; “Eyzaguirre y la entereza moral”, *La Nación*, Santiago, 22 de septiembre de 1968.

²⁵ Fernando Silva, *El Mercurio*, Santiago, 1998, p. A2.

²⁶ V. A., “Jaime Eyzaguirre”, *El Siglo*, Santiago, 21 de septiembre de 1968.

²⁷ Jobet, 1974, pp. 52-62.

²⁸ “Un personaje al trasluz: 30 preguntas a Jaime Eyzaguirre”, *Portada*, N° 42, 1973, pp. 45-47. Reedición de la entrevista cinco años después de la muerte. El énfasis es nuestro.

²⁹ José Ignacio Silva, “Eyzaguirre, Siempre Vivo” (documento mecanografiado. Sin referencias o numeración de páginas).

en la configuración del historiador, III) la voluntad por develar la verdad del acontecer aunque sea en forma de fe. De hecho, el fervor que por virtud de la repetición se transforma en conocimiento develado y subordinante es uno de los elementos que más sorprende al leer a este intelectual.

Imposible no pensar que Eyzaguirre quería que la historia fuera una suerte de recurso pedagógico y de adoctrinamiento compulsivo. Incluso se puede percibir cierta variante trascendente en la experimentación individual del conocimiento, casi como una suerte de comunión cognitiva. Unir los hilos de una trama fluida y conectada con las distintas vertientes de la narración muestra como Eyzaguirre pretendía que el objeto final fuese una construcción sólida y utilitaria, y, por sobre todo, equilibrada en el sentido y la unidad de la composición, de aquella trabazón hermética de todos los hilos que configuran cualquier texto o tapiz histórico:

LA HISTORIA es a la manera de *un tapiz recio y apretado*, en que el sentido y la unidad del dibujo dependen de la trabazón hermética de todos sus hilos. Arrancar por entero uno de ellos o cortarlo en su camino es dejar trunca o en desvanecimiento la imagen que se quiso reproducir. Ya el tejido no tiene firmeza deseada, ni la obra de arte la necesaria armonía, y todo el trabajo amenaza parar en inservible hilacha [...] ¿Qué ha sido, después de todo, sino un tapiz inconcluso y deforme el que en buena parte han exhibido los estudiosos del pasado hispanoamericano a la postre de sus largos desvelos?³⁰.

De ahí, que al descartar tajantemente las opciones de cómo enfrentar una época, fue que Eyzaguirre logró asirse de un punto de apoyo y enfrentar la decadencia liberal, la vanguardia marxista y postular el hispanismo como herramienta de renovación reaccionaria. A partir de juicios descalificadores y de posturas inspiradas, Eyzaguirre señala y afirma vehemente que “las voces del occidente cristiano” hicieron que el nuevo mundo dejara de ser “un accidente geográfico”, y “la historia auténtica de esas naciones”, de “esa gran familia racial y cultural” en la que la “verdadera imagen de Chile” es posible de ser develada. También impresiona lo consciente que está de la condición situada y operativa del texto que construyó y que pensó como un tupido tapiz donde el avance histórico es igual al cumplimiento de un plan divino y perentorio: “la fe es sustancia de lo que se espera”.

Se han reunido aquí páginas escritas en tiempos y ocasiones distintas, pero ligadas por un mismo fervor. El lector podrá descubrir en ellas repeticiones. Yo lo

³⁰ Eyzaguirre, 1996, p. 5.

sabíamos, pero nada hemos hecho por eliminarlas. A fin la reiteración es recurso de la pedagogía. Y ahora que algunas ideas yacen en la penumbra, ponerlas a la luz con insistencia es librarlas del definitivo olvido [...] Nos duele Chile, la patria chica. Nos duele Hispanoamérica, la patria grande. Y callar parecería consentir en una muerte que rechazamos [...] Desde nuestra voluntaria soledad y recogimiento enviamos esta palabra al que quiera recogerla. Puede que hoy sea desdeñada. Puede que mañana mueva alguna voluntad [...] Cumplimos en todo caso, con nuestro pequeño deber... Entregamos así con pasión amorosa el desnudo testimonio. Porque, como antaño se dijo para cosas más altas, “la fe es la sustancia de lo que se espera”³¹.

En cuanto al ensayo “Inmersión en el Materialismo histórico”, es deber mencionar que Eyzaguirre logra establecer varios puntos de análisis que valen la pena destacar. Por ejemplo, es claro que este historiador estaba al tanto de conceptos esenciales del léxico socialista. No obstante, también es evidente que el análisis discursivo deja mucho por hacer; destaca también la visión del comunismo como un sistema total y completo, pero que se analiza mayormente en términos técnicos.

El comunismo, que supera a una simple postura económica o política, que ante todo es una concepción integral de la existencia, que es una filosofía de la vida o acaso, con más propiedad, una nueva religión, ha de escurrírseles sustancialmente intacto por entre las manos ensangrentadas [...] En realidad, aunque parezca paradójico, no es precisamente en el campo de la actividad productora donde ha de buscarse lo básico del sistema, sino en el fondo de la conciencia humana. Porque el comunismo ha captado al hombre completo, le ha venido a ofrecer una solución total de sus problemas y ha expresado este anhelo liberador en una fórmula salvadora, que es su filosofía³².

Más allá de la sensibilidad para entender a su contendiente en la batalla ideológica, estos intelectuales se dedicaron a descartar opciones de cómo enfrentar una época que se constituyó en cuanto crisis de época, en cuanto vorágine sobre la ilusión de una modernidad latinoamericana y chilena. Ni en Europa, ni en EE. UU., ni mucho menos en Chile fue posible implementar las promesas de la ilustración, la democracia liberal, por lo que finalmente las generaciones de jóvenes tomaron un rol protagónico en el ímpetu de cambio y renovación del período. Fueran de izquierda o de derecha, el cambio y el corte con el siglo XIX era lo determinante.

³¹ Eyzaguirre, 1979, “Nota Preliminar”.

³² Eyzaguirre, 1938, pp. 4-18.

Alfabetización histórica y el diálogo por la memoria

Templo del tiempo, tiempo de un suspiro.
 A tu pureza asciendo y me acostumbro;
 mi mirada marina me circunda,
 y el centellar sereno disemina,
 como a los dioses mi ofrenda suprema,
 en la altura de un desdén soberano³³.

Entonces, y para recapitular, ¿qué sucede si asumimos que lo que se conoció como las “escuelas” históricas marxistas y conservadora no fueron tales? ¿Dónde queda la continuidad de las grandes visiones de la historia de Chile? ¿Qué hacemos con las cronologías, con las hipótesis, con los argumentos que se han organizado a favor y en contra, y con las narrativas que nos han explicado el acontecer que a su vez pensamos real y determinante? ¿Es posible hacer el desplazamiento desde el concepto de escuela al de voces diversas al interior de un espacio generacional muy particular del siglo XX en Chile? ¿Voces, generación o escuelas? ¿Escena, tal vez? Como decía Mario Góngora, la solución está en la capacidad de enseñar y formar historiográficamente enfatizando la reflexión por sobre la erudición. En saber entender, y no en simplemente memorizar o, lo que es más interesante, en convertirse en un alfabeto históricamente hablando; es decir, en un individuo que lee en todos los formatos, interpreta y sabe usar los distintos pasados que le son presentes e históricos. Vaya novedad, no obstante, aún sigue siendo de gran urgencia. La alfabetización histórica, al igual que la ego-historia permiten entrar en un debate de grandes proyecciones dado la significancia que tienen las posiciones personales, teóricas, filosóficas y morales a la hora de sentir el presente y mirar al futuro. Así también, centrar la atención en la importancia y en las justificaciones de historiar el pensamiento sobre la escritura y la práctica historiográfica chilena durante el siglo XX, implica el reconocimiento de la existencia de otro nuevo *Zeitgeist* historiográfico de carácter reflexivo. Argumento que nos empuja a que seamos capaces de justificar *cuáles* hojas históricas, cuáles hilachas o cuáles textos, hemos seleccionado como parte de nuestra batería de recursos que nos permiten sostener las representaciones de ese pasado que nos susurra a través de un presente las preguntas y las certezas mínimas a la hora de asumir las siempre nuevas condiciones de época.

Cuando se habla de los movimientos en la conciencia histórica –en el mismo sentido que lo señalado por Mario Góngora– no se está señalando que

³³ Valery, 2016, p. 25.

todo lo que configuró la modernidad historiográfica debe ser eliminado; por el contrario, podríamos intentar exponernos al pasado en la búsqueda de algún tipo de conocimiento de la transitoriedad del concepto de historia y, sobre todo, en el entendimiento de cómo el uso del lenguaje y el uso de las fuentes son objetos de estudio en sí, en cuanto un agente de cambio al interior del discurso histórico. Esa formación académica y gremial que enunciaba Góngora, ese acontecimiento dialógico entre los clásicos de la historiografía y filosofía de la historia se pueden lograr toda vez que se hace el doble ejercicio de asignación de valor o historicidad, tanto al objeto estudiado como al sujeto cognoscente, transformando así la escritura de la historia en un acto soberano donde el control y las transgresiones logran que la historiografía devenga en *pasado* escrito.

Ahora bien, con respecto de la consolidación del espacio académico, y reevaluando el trabajo de cada uno de los historiadores considerados, resulta casi imposible seguir hablando de “escuelas” historiográficas, ya sean marxista o conservadora. Más bien creemos pertinente seguir la lógica de grupos diversos de jóvenes, con gran responsabilidad social y fervor por el cambio. Entonces, ¿sigue siendo evidente hablar de escuelas historiográficas en el Chile de mediados de siglo pasado? No me parece³⁴.

En cuanto al comparativismo historiográfico, sin duda que el aforismo “comparar lo incomparable” sigue siendo el mejor modo de caracterizar las dificultades como las verdaderas aportaciones de este ejercicio analítico. Por de pronto, evidenciamos que la comparación es un excelente camino y método para lograr la alfabetización histórica ya que ilustra y visualiza los elementos esenciales a tomar en consideración y a evidenciar puntos de fuga que normalmente se pueden transformar en similitudes que no deberían ser, en lugares de perplejidad. Además, y muy en la línea de Marc Bloch, queda claro como este método sigue siendo un gran instrumento para sugerir investigaciones y nuevos puntos de partida; sobre todo, en este tiempo donde las aporías nos desafían permanentemente. Hoy en día, la reconstrucción de reconstrucciones históricas obliga a que las diversas interpretaciones sobre el pasado tengan que exponer sus mejores argumentos a la hora de legitimar una versión de lo ocurrido. Ya sea de forma explícita o implícita, los rasgos de contraste o la situación de comparación ayudan mucho al descarte y, por ende, a la síntesis y a la posibilidad

³⁴ Claramente el debate debe seguir estando en torno a los conceptos de escuela y generación; si bien, a nuestro parecer tanto Jaime Eyzaguirre, (1908), Julio César Jobet (1912), Mario Góngora (1915) y Hernán Ramírez (1917), Marcelo Segall (1922) y Álvaro Jara (1923) podrían ser vistos como partes de un conjunto epocal y referencial, Gorka Villar habla de “generación de historiadores marxistas” e incluye fundamentalmente a Jobet y Ramírez.

de avance. La comparación inicial de algunas de las distintas voces históricas al interior de la generación del 38 en Chile, permite ratificar que la *alfabetización histórica*, en cuanto herramienta para avanzar en el descarte y la selección de los correctos nudos a debatir como individuos y como comunidades. La comparación siempre explícita con la memoria que se levanta legítima –canónica– en la discusión de versiones sobre lo que realmente ocurrió. De hecho, como se ha comprobado, tanto Jobet como Eyzaguirre pueden compartir las críticas que se han hecho a unos como a los otros: el carácter esencialmente ensayístico de sus obras, la diversa profundidad de sus investigaciones, el voluntarismo metodológico, los excesivos y notorios juicios a priori, el trabajo heurístico, la sobrevaloración de algunos personajes históricos, etc. Contra las preocupaciones y los problemas acerca de lo justificado, esta actitud comparativa o actividad crítica dimensiona el tamaño, permitiendo unir los diversos puntos en debate. En base a lo anterior, nuestra conclusión final es que más allá de los nombres propios que se puedan escoger a la hora de buscar un canon o al hablar de cualquier conjunto de “clásicos”, generaciones o escuelas de la historiografía chilena –ya sea en cuanto obras, autores, hipótesis, fuentes, etc.– lo que sí se debe establecer es que al usar cualesquiera de estos pie forzado, lo que se pretende es explorar las actuales posibilidades de la disciplina histórica a partir de una doble exigencia: profesional y personal ciudadana. Y para ello, también podríamos hablar de un comparativismo historiográfico inicial, ya que gran parte del recuento que aquí se pretende, ubica y da coordenadas claras y precisas sobre las preferencias y las intensidades en la forma de entender y delimitar el oficio historiográfico en un momento puntal del devenir histórico chileno. Específicamente, en sus dimensiones teórico-prácticas, escriturales y político-cívicas. Está claro que una revisión de este tipo es realmente exigente, pero también está más que a la vista la posible opción de mantener el gesto de interrogación en alto: historizar e historiar siempre. Historizar sobre todo a la misma institución historiadora. Quizás ya sea hora de imaginar una historiografía intelectual chilena para el siglo XXI.

Bibliografía

- ARANCIBIA, PATRICIA, *Mario Góngora. En búsqueda de sí mismo*, Santiago, Fundación Mario Góngora, 1995.
- DE RAMÓN, ARMANDO, “Paradojas y espejismos de la historiografía chilena contemporánea (1920-1950)”, *Mensaje*, N° 246, Santiago, enero-febrero 1976, pp. 41-47.
- ELGUETA B., BELARMINO, *La cara oculta de la historia. El legado intelectual de Julio César Jobet*, Santiago, Ediciones Factum, 1997.
- EYZAGUIRRE, JAIME, “Historia e imaginación en don Francisco A. Encina”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, Santiago, primer semestre de 1965, p. 5.

- EYZAGUIRRE, JAIME, “Inmersión en el materialismo histórico”, *Estudios*, N° 73, Santiago, 1938, pp. 4-18.
- EYZAGUIRRE, JAIME, *Fisonomía histórica de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1996.
- EYZAGUIRRE, JAIME, *Hispanoamérica del dolor*, Santiago, Editorial Universitaria, 1979.
- GAZMURI, CRISTIÁN; MARIANA AYLWIN Y JUAN CARLOS GONZÁLES (eds.), “Perspectiva de Jaime Eyzaguirre”, *Mensaje*, N° 286, Santiago, 1980.
- GOIC, CEDOMIL, *Los mitos degradados*, Rodopi, Holanda, 1996.
- GONZÁLES, MARIO ANDRÉS, “Los estudios historiográficos en la Universidad Católica de Chile. Aproximación histórica a la fundación del Instituto de Investigaciones Históricas y de la revista Historia. 1954-1970”, *Cuadernos de Historia*, N° 50, Santiago, 2019, pp. 75-102.
- GONZÁLEZ CAÑETE, DIEGO, *Una revolución del espíritu. Política y esperanza en Frei, Eyzaguirre y Góngora en los años de entreguerras*, Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2018.
- GONZÁLEZ, MARIO ANDRÉS, “Reseñando a la historiografía marxista. El caso de la revista Historia de la Universidad Católica, 1961-1970”, *Revista Izquierdas*, N° 49, Santiago, 2020, pp. 1281-1296.
- GREZ, SERGIO, *Historiografía, memoria, ciudadanía y política. Reflexiones desde el oficio de historiador*, Valparaíso, Editorial América en Movimiento, 2019.
- JOBET, JULIO CÉSAR, “Despedida melancólica”, *Occidente*, N° 263, Santiago, 1975, pp. 58-63.
- JOBET, JULIO CÉSAR, “Dos historiadores reaccionarios”, *Arauco*, Año II, N° 17, Santiago, junio de 1961, pp. 33-39.
- JOBET, JULIO CÉSAR, “Francisco Encina visto por Feliú Cruz”, *Occidente*, Año XXV, N° 206, Santiago, 1969, pp. 46-62.
- JOBET, JULIO CÉSAR, “Jaime Eyzaguirre, Cronista Familiar”, *Arauco*, N° 7, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1960, pp. 45-47.
- JOBET, JULIO CÉSAR, “La generación de 1938 y las grandes concepciones filosóficas de la época”, *Occidente*, N° 200, Santiago, abril de 1968, pp. xxx.
- JOBET, JULIO CÉSAR, “La obra histórica de Jaime Eyzaguirre y las cuestiones de límites chileno-argentinos”, *Occidente*, N° 257, Santiago, 1974, pp. 52-62.
- JOBET, JULIO CÉSAR, “Las concepciones historiográficas de Francisco Antonio Encina”, *Occidente*, N° 115, Santiago, 1958, pp. 23-32.
- JOBET, JULIO CÉSAR, “Notas sobre la historiografía chilena”, *Atenea*, Santiago, Editorial Nascimento, 1949.
- JOBET, JULIO CÉSAR, “Notas sobre la literatura marxista chilena”, *Arauco*, Año II, N° 54, Santiago, junio de 1964, pp. 24-32.
- JOBET, JULIO CÉSAR, “Notas sobre los estudios históricos en Chile”, *Revista de Ciencias Sociales*, Universidad de Chile, Valparaíso, diciembre de 1978, pp. 89-135.
- JOBET, JULIO CÉSAR, *Ensayo crítico sobre el desarrollo económico y social en Chile*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1951.

- JOBET, JULIO CÉSAR, *Fundamentos del Marxismo*, Prensa Latinoamericana, 1965.
- JOBET, JULIO CÉSAR, *Temas históricos chilenos*, Santiago, Editorial Quimantú, 1973.
- JOBET, JULIO CÉSAR, *Tres ensayos históricos*, Santiago, Ediciones del Instituto Nacional, 1950.
- LATCHAM, RICARDO A., “Crónica literaria. Ensayo crítico sobre el desarrollo económico y social en Chile”, Ediciones Universitaria, 1952, en *La Nación*, Santiago, 9 de marzo 1952.
- LORENZ, CHRIS, “Historiografía Comparada: Problemas y perspectivas”, *Memoria y Sociedad*, Vol. 9, N° 19, Bogotá, 2005, pp. 35-45.
- MUÑOZ GONZÁLEZ, LUIS Y DIETER OELKER LINK, *Diccionario de Movimientos y grupos literarios chilenos*, Concepción, Ediciones Universidad de Concepción, 1993.
- OFFENSTADT, NICOLÁS, *Las palabras del historiador*, Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2014.
- PINTO, JULIO, *La historiografía chilena durante el siglo XX*, Valparaíso, Editorial América en Movimiento, 2016.
- PIÑA, JUAN ANDRÉS, *Conversaciones con la poesía chilena*, Santiago, Editorial Pehuén, 1990.
- POBLETE, VÍCTOR, “La producción ensayística de Julio César Jobet”, *Occidente*, N° 279, Santiago, 1978, pp. 39-42.
- SAGREDO, RAFAEL, “Jaime Eyzaguirre y la circulación del hispanismo en Chile”, *História Unisinos*, Vol. 23, N° 2, São Leopoldo, mayo/agosto, 2019, pp. 191-203.
- SAGREDO, RAFAEL, “Julio César Jobet y la historia como crítica social”, en Eduardo Devés, Javier Pinedo, (comps.), *El pensamiento chileno en el siglo XX*, Ministerio Secretaría General de Gobierno, Instituto Panamericano de Historia y Geografía FCE, México D. F., 1999.
- TEITELBOIM, VOLODIA, “La Generación del 38 en busca de la realidad chilena”, *Atenea*, N° 380-381, Concepción, 1958.
- VALERY, PAUL, *Cementerio Marino*, Santiago, Ediciones Tácitas, 2016.
- VILLAR V., GORKA, “La Universidad de Chile según el académico y militante comunista Hernán Ramírez Necochea (1960-1964)”, *Cuadernos de Historia*, N° 53, Santiago, 2020, pp. 113-143.
- VILLAR V., GORKA, *Compromiso militante y producción historiográfica. Hernán Ramírez Necochea y Julio César Jobet (1930-1970)*, Santiago, Editorial Universitaria, 2021.